Fabio Morábito

Poemas

Pobre tranvía atado
al mismo recorrido.
Allá, la bicicleta

se sube a las aceras,
se escurre entre los autos,
bilingüe como nadie,

y en las bajadas vuela,
vuela, nadie la sigue,
se esfuma en un desastre.

La bici, hecha de un soplo,
se burla de tus vías,
pobre tranvía ruidoso
de hierros laborales.

La condición de todo
juego es tener piso,
para que ruede el juego;

quien gana de bajada
tendrá que resistir
de cuesta para arriba,

el juego es de reveses,
el juego siempre es juego
de equilibrio, probar

la posición erecta, pero
probar también que nadie
miente, que quienes juegan
son de la misma especie.

El mar, en tu ciudad,
tiene mil modos, tiene
las formas más casuales:

los rieles del tranvía,
una glorieta, un puente,
una explanada inútil,

el puesto de las jícamas
o las palabras fáciles
de un muro, ahí donde

la urbe pierde el pulso
hasta no distinguirse
y tu ciudad alcanza
toda ciudad posible.

Descender en avión
a tu ciudad
es como despertar.

Conforme bajas, todo
se hace real, palpable,
necesario. Arriba

falta fecundidad.
La altura es unitaria,
brusca, pobre de música.

Abajo todo es práctica,
entonación, hacer
que te broncea. Abajo
juegan, te rodean.

a Ethel

Dime tú si no es cierto
que el techo de esta casa
es todo de verdad,

que es la verdad más plena
de todo lo construido,
el muro en más reposo,

la redención de tantos
errores y desvíos,
la mano que disculpa,

el anhelado fin
de las hostilidades,
la prueba que buscábamos
desde el primer ladrillo.